

EN BUSCA DE UNA SOLUCION

ACLARAMOS, en anterior artículo, nuestra posición frente al problema obrero. Una posición que no queremos clasificar con la palabra fría e hipócrita de imparcial, sino que sentida en total solidaridad con la causa del obrero, pide una comprensión, un estudio, del problema, no de su salario, sino de su vida, de su vida entera.

Pedíamos sustituir el encono por la comprensión; y la osurecedora rebeldía por los

¿De dónde debe venir ese empeño por aclarar, por limpiar el campo de lucha volviéndolo un dulce campo de colaboración y de hermandad? En verdad debe llegar de quienes por su posición, por su cultura, por su experiencia, están más altos en la esfera social. Debe llegar por las vías de los mismos empresarios y de los profesionales, cuyas vidas están íntimamente ligadas a la vida del obrero.

Cuando tal cosa ayer reclamábamos, leímos una nota elevada al Ministro de Industrias y Trabajo donde se ofrece esa colaboración por la Asociación de Ingenieros del Uruguay.

Comentaremos así, la hermosa nota, leyendo sus frases sentidas y pensando que detrás de las frases están, no técnicos avezados para escamotear el vital problema, sino corazones abiertos, fraternales, que buscan allegar la hora de la mútua comprensión. En esa nota, corren como es lógico, las palabras tan gastadas de paz social, de justicia, de solidaridad. Pero las vemos como si fueran palabras nuevas, escritas con otra tinta; las vemos estampadas con las mismas letras de todas las veces, pero se nos ocurre que no nacen para engañar, desde labios afuera, sino que vienen desde adentro. No sabemos si es la coincidencia de que iguales palabras escribiéramos nosotros, en el mismo momento en que se redactaba la nota, lo que nos hace pensar que han nacido de un noble sentimiento hacia el problema obrero. Y en esas palabras ciframos nuestra esperanza de que el llamado que hicéramos a la conciliación hermanada —no conciliación leguleya— habría de dar sus frutos. Así dice un párrafo de la nota:

“Si bien reconocemos que existen perturbaciones de todo orden en el mundo, consecuencias de la grave conmoción sufrida, que han provocado esa eclosión tal vez como reacción lógica de injusticias existentes que es justo y razonable corregir, no sería sensato contemplar con indiferencia o despreocupación culpable que las soluciones surjan en el terreno de la lucha enconada librada a las fuerzas y ventajas de los intereses inmediatos en pugna, con sacrificios estériles y con perjuicios evi-

empeños mancomunados de salvar de la ruina la obra que en conjunto realizan los dos clases de obreros: los que trabajan con las manos sabia y paciente, y los que resuelven con el cerebro en juego.

El sólo hecho de no afrontarse ambos trabajadores, junto a tribunales, ministros o directores de trabajo como rivales en el oscuro recinto encono, ya acerca las soluciones anheladas.

“dentes para todos”.

¿Cómo llegar a ese urgente entendimiento sin el infaltable huésped del encono en medio? Pongámonos ante el problema obrero, el total problema obrero, el de la construcción y el de todos los trabajos humanos. El problema no es solo un problema de salario, como hemos dicho. El salario constituye el espejismo que desvía del problema social. El problema es un problema de vida. ¿Quién es el obrero? ¿Cómo trabaja? ¿Dónde vive? ¿Cómo se alimenta? ¿Qué salud mantiene? ¿Qué descanso y que goces disfruta? El obrero, su mujer y sus hijos. El obrero en la integridad de su vida. Abarcado el problema en toda su extensión, podrán aparecer las soluciones, no para un arreglo de mañana mismo, sino para un entendimiento a largo plazo.

Es eso lo que pide la nota comentada que creemos no debe caer en el vacío, matando la recién nacida, con el implacable destino de los expedientes archivados. Creemos que debe vivir, que debe acrecer su llamado para que primero el gobierno —hoy tan propicio para ahondar en el angustioso problema— y después todos los que viven en la vecindad del obrero se puedan unir para la implantación de una justicia laboral, como pide esa nota.

Todo ese vasto, y que se tornará pronto en pavoroso problema para todos, puede y debe ser solucionado por las vías de la comprensión y del estudio. Hace unos años, previendo la gestación de un mundo nuevo como la conquista alcanzada después de la horrible guerra, propusimos, con los compañeros de la revista *Arquitectura de la Sociedad de Arquitectos* la realización de un Congreso panamericano de planificación de post-guerra. En ese Congreso se convocaría a la técnica, a la maravillosa técnica moderna —la vencedora de la guerra y tan avanzada sobre un retrógrado plano social— para que planificara una vida futura en la armonía humana. Por eso, por desear armónica esa vida humana en todo el universo, creíamos que eran los arquitectos, que siempre laboran en el reino puro de la

armonía, quienes deberían hacer el primer llamado a los otros técnicos: ingenieros, médicos, químicos, agrónomos, veterinarios, economistas, todos trayendo en sus manos limpias innumerables secretos para volver felices a todos los hombres, sin distinción de razas ni de clases.

Eramos optimistas, entonces; y presentíamos el alba de una nueva luz alumbrando los oscurecidos valles de la tierra. Allá en el Norte, alguien, grande como un profeta, cantaba el himno de las cuatro libertades humanas. El optimismo hoy no lo abandonamos. No queremos abandonarlo. Pero la luz que presentíamos no ha alumbrado aun los horizontes en sombra. Con todo, si aún permanece la oscuridad, mayor razón aún para que luchemos por la luz. Y si esta luz no nos llega desde afuera, buscar debemos nuestra propia luz, la luz de una paz y de una armonía interior.

Si esa idea que era muy vasta, tomando la materia pura del pensamiento americano y pretendiendo irradiarlo al universo entero, no pudo realizarse, creemos en cambio que un plan menor, urgido por la angustiosa hora que vivimos, podría dar sus frutos. Así un Congreso para planificar esa justicia laboral tan esperada y que pide en su nota la Asociación de Ingenieros, serviría para encontrar soluciones. Es necesario admitir “a priori” que debe existir un medio —que existe indudablemente— de conciliar los hoy opuestos intereses. Y ese medio debe ser buscado, no en tirante ambiente de lucha, sino en hermanado círculo de estudio. No se le llame Congreso, ni pensamos en un certámen de palabras y palabras, sin dejar nada entre las manos. Llamémosla convención o reunión de sociedades, sindicatos y agrupaciones. Y que estén presentes, y a igual altura todos los que entregan su vida al trabajo. Y que en ese ambiente de mútua comprensión, sin el desleal tira y afloja, se alcance la verdadera dignificación del obrero, de manos de aquellos otros obreros de la universidad, de la usina o del laboratorio que laboran con el pensamiento ansioso por encontrar las nuevas verdades.